

LIBERTAD Y AUTENTICIDAD

Tal vez, en última instancia, la libertad consiste en hacer trascender nuestras acciones en la unidad de nuestra vida personal. Tal vez, para dar a entender nuestro pensamiento sea conveniente contestar las siguientes preguntas. Primera: ¿en qué consiste la acción de trascender nuestras acciones en la unidad de nuestra vida? Segunda: ¿en qué consiste la unidad de la vida?

Trataremos de contestar, sucesivamente, a estas preguntas. Para saber como trascienden los hechos en la unidad de nuestra vida veamos de qué manera se vinculan la elección absoluta y la elección apropiadora. Advertiremos de pasada que la autenticidad estriba en esta vinculación. Si la elección que hacemos nosotros —la elección que corresponde al «requerimiento incondicional» de nuestra vida— no fuese terminante, no tendríamos que confirmarla, ni dar fe de ella con nuestros actos. Mas la elección tiene que ser definitiva. Toda elección es un camino a seguir y bien sabemos que el camino no es otra cosa sino la persistencia de nuestras huellas. Todo camino, pues, es la expresión de una fidelidad. Por consiguiente, una vez elegido el camino aún es preciso recorrerlo. Una vez hecha nuestra elección, aún es preciso que acreditemos su autenticidad con nuestra vida.

En «Las Meditaciones del Quijote», dice Ortega con gran acierto, que «lo amado es, por lo pronto, lo que nos parece imprescindible». Ahora bien, aquello que nos parece imprescindible se convierte en nuestro centro vital. El amor, por tanto, constituye el común denominador que a través de la amada nos liga con el mundo, estableciendo al mismo tiempo su conexión. Entonces, si el amor no sólo es necesario, sino imprescindible, ¿dónde radica la libertad? ¿Cómo es posible elegir si no se siente amor por lo elegido? Nuestra contestación a estas preguntas es clara y terminante. Quien carece de amor no tiene libertad, o, mejor dicho, no puede realizar su libertad. Quien carece de amor —amor hacia las

cosas, hacia los seres, hacia los valores— no puede reducir a unidad la multiplicidad de sus acciones y, por tanto, su vida no es propiamente *vida*, ni es propiamente personal. Quien carece de amor —amor hacia las cosas, hacia los seres, hacia los valores— no tiene un mundo propio porque carece de autenticidad.

EL AMOR ES LA RAÍZ DE LA LIBERTAD

Preferir es amar. Si la elección no implica preferencia no se puede decir que «elejimos»: optamos simplemente (1). Quien no ama su elección *no sabe lo que quiere*. Su corazón no tiene certidumbre. Si no tenemos certidumbre de corazón, no consideraremos *nuestras y personales* las acciones que realizamos, y en este caso no viviremos nuestra vida de manera constituyente, apropiadora, total e indispensable. La ley del corazón es el amor que establece nuestra frontera personal unificando nuestra vida. El amor es nuestro arquitecto y a él le debemos nuestra hechura. «La poderosa fuerza del amor —dice Cervantes—, la cual no sólo hace mudar el vestido a los que bien quieren, sino la voluntad y el alma de la manera que más es de su gusto» (2). Esta misma palabra que escri-

(1) La opción no repercute en la unidad de nuestra vida. No nos convierte a ella. No modifica nuestro modo de ser. La esfera de la opción es el campo de la pura facticidad, y ya sabemos que los hechos que realizamos se convierten en *nuestros hechos*, no al realizarlos, sino al hacerlos *suced*er, incorporándolos a la unidad de nuestra vida.

(2) El pensamiento es muy cervantino. Véase algún otro ejemplo: «Yo no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro ser del que tenía.» (*Galatea*, I-60). «Ya tengo nuevo ser», dice Lauso al enamorarse (*Galatea*, II-28):

"Es el amor principio del bien nuestro,
medio por do se alcanza y se granjea
el más dichoso fin que se pretende."

(*Galatea*, II-72).

En fin, del amor dependen todas nuestras virtudes: «En este mismo amor de quien voy hablando están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza, que el amante, conforme la casta voluntad de la cosa amada, la suya tiempla; es fortaleza, porque el enamorado cualquier variedad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella a la que bien quiere sirve, forzándole la misma razón a ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado.» (*Galatea*, II-65.)

bo la tengo que elegir, la tengo que querer, la tengo que habitar, para considerarla mía. Pues bien, amar a alguien, amar a una persona o a una cosa no es más que situarla dentro del «siempre» de nuestra vida. La oblación del amor confiere eternidad. Cierto es que a veces la eternidad amorosa dura sólo un instante. Cierto es que a veces nos equivocamos en la elección de la persona amada. Cierto es que a veces nos equivocamos en la naturaleza del sentimiento mismo que postula esta eternidad (3). Podemos ser carnales. Es más, somos carnales. «Aunque te laves con salitre y jabón no serás limpio» (4), dice Jeremías. Pero no es menos cierto que en tanto dura nuestro amor vivimos de manera inequívoca y radiante la única eternidad que aquí en la tierra se puede conseguir. «¡No, tú no te morirás, tú no puede morirte!», dice el amante cuando piensa en la amada. «¡No, tú no te morirás, tú no puedes morirte!», dice el amante cuando piensa en su amor. y en verdad todo amor es eterno —por lo menos en tanto que es amor— y en él se totaliza la existencia.

Lo vivimos: no lo podemos poner en duda. «Existe una plenitud del amor que rebasa los límites de lo finito. En el cuadro de Böcklin de los dos ancianos tranquilamente sentados en un banco a la sombra del cenador, delante de los arriates de tulipanes, se ha hecho visible algo de esa eternidad del amor, en medio de la fragilidad de lo terreno. *Te quiero infinitamente*, se dice. Y si el sentimiento amoroso no implica esa conciencia de lo infinito, la conciencia de una unión más allá de las relaciones finitas del entendimiento, no existe la auténtica experiencia del amor. *Quien está en el amor está en Dios y Dios está en él*, o como reza un refrán italiano: *donde se encuentran dos amigos, el tercero es Dios*. Con esto no se quiere insinuar nada místico u oscuro, sólo se expresa de manera simple y natural que el amor puro es una de las formas en que se realiza el sentido último de la existencia. *Quien no ama, no conoce a Dios*. En la vivencia del amor, en la unión amorosa, se capta una razón absoluta, una suprema certidumbre de estar en la verdad, certidumbre que da lugar a todas sus consecuencias» (5). El enamorado está viviendo a todas horas la integridad junta, total y suficiente de su vida. El amor, y únicamente el amor, da com-

(3) Me refiero al cariño, la costumbre o la pasión.

(4) Jeremías, 77:

(5) HERMAN NOHL: *Introducción a la Ética*, pág. 101.

pleta suficiencia a nuestras acciones (6). El amor, y únicamente el amor, articula entre sí todos los actos de nuestra vida y hace que percibamos su integridad en cada instante que vivimos (7).

Este poder, sintético e integrador del sentimiento amoroso, también ha sido subrayado por Ortega con claridad. Son muy hermosas sus palabras: «hay en el amor una ampliación de la personalidad que absorbe otras cosas dentro de ésta, que las funde con nosotros. Tal ligamen y compenetración nos hace internarnos profundamente en las propiedades de lo amado. Lo vemos entero. Se nos revela en todo su valor. Entonces advertimos que lo amado es, a su vez, parte de otra cosa; que necesita de ella, que está ligado a ella. Imprescindible para lo amado, se hace también imprescindible para nosotros. De este modo va ligado el amor cosa a cosa y todo con nosotros, en firme estructura esencial. Amor es un divino arquitecto que bajó al mundo, según Platón,

a fin de que todo el Universo viva en conexión» (8).

Añadiremos que el amor se define por la exigencia de totalidad que nos hace sentir. La amada, por ejemplo, se convierte en un mundo perfecto y evidente. La miramos creándola y estableciendo

(6) La suficiencia del amor se expresa con precisión en estos versos:

*Es cierto que hay dolor...
Es cierto
que muere un hombre que lo fué de veras,
que no sabemos sino cuanto amamos,
que todo está esperando, pero es cierto
y es cuanto importa. "No me vayan
a ver dejado solo"...*

¿Es que no amaste nunca?

FERNANDO QUIÑONES: *Cercanía de la gracia*. Col. «Adonais». Madrid, 1957 (págs. 71-72).

(7) «Lo que San Pablo comprende muy profundamente es que el amor vive siempre desde el todo. *Pues nuestro saber es obra imperfecta y nuestra profecía es obra imperfecta. Pero cuando venga lo perfecto se acabará lo imperfecto.* Expresado en otras palabras: el amor es un espíritu de unidad que siempre es cabal; no está dado, como el ideal, en forma de aspiración, sino como algo íntegro y perfecto. Y todo lo que acaece en él, acaece, siempre, desde esta integridad.» HERMAN NOHL: *Introducción a la Ética*, pág. 102.

(8) J. ORTEGA Y GASSET: *Ob. comp.* (I-313).

una estrecha conexión entre los más diversos aspectos de su vida. No puede haber en ella nada larvado o misterioso. Cualquier silencio suyo, estando a nuestro lado, nos inquieta. Cualquier secreto que tenga con nosotros hace que nos sintamos «expropiados» de nuestro corazón. Cualquier pequeña inconsecuencia de su conducta nos parece que deja en «hueco» nuestra vida, y hace a la amada literalmente ininteligible. Esta exigencia de totalidad no implica esfuerzo alguno: es gratuita y generosa. Nos sentimos invadidos por ella. Quisiéramos saber el nombre de todos sus hermanos y el color de todos los trajes que ha vestido en el día de su santo; quisiéramos saber sus oraciones y sus costumbres, sus pensamientos y distraimientos, sus juegos y sus sueños, y, en fin, todos sus cambios de sensibilidad y sentimentalidad desde el momento de nacer hasta nuestros días, y sólo así se satisface nuestro amor. Y tampoco nos basta conocerla, tenemos que descubrirla o inventarla siguiendo el rastro de su contacto con el mundo. Esta ternura, nunca satisfecha de rastrear y recrear a la persona amada en cada una de sus huellas ha sido descrita bellamente por Federico García Lorca:

*Te buscaré en las piedras de alacranes
y en los vestidos de tu madre niña (9).*

Todo lo que se relaciona con la amada cobra valor expresivo y cuanto más distante de ella nos da un conocimiento suyo más delicado, original y primerizo. En cambio, cualquier inconnexión, cualquier laguna o desajuste que hallemos en su vida o en la nuestra, se considera como «herejía» o si se quiere, como inautenticidad, y es preciso salvarla. Todo, aun lo más viciado, cobra nuevo sentido en el Jordán de nuestro amor (10). Cuanto hay en la conducta —hechos, sentires, pensamientos— en estado latente, dispersivo o inar-

(9) F. GARCÍA LORCA: *Ob. comp.* Ed. Aguilar (pág. 404). Había citado de memoria. El texto dice así:

*Allí caballo azul de mi locura,
pulso de nebulosa y minuterio,
he de buscar las piedras de alacranes
y los vestidos de tu madre niña.*

(10) Nos confiere nuestro yo verdadero, como dice GUARDINI: «L'amour est l'expérience la plus intense de liberté que puisse faire la personne... elle a reçu de la main de l'autre son moi véritable.» ROMANO GUARDINI: *Liberté, grâce et destiné.* Editions du Seuil. 1949. pág. 39.

ticulado, cobra expresión, figura y orden al asumirlo en una nueva conexión vital. Esta gozosa e inmediata recuperación de nuestra vida —de la totalidad de nuestra vida— es como el cauce del amor (11). Le da la plenitud de su sentido. Así, pues, no se puede elegir sin amar. Quien carece de amor no tiene libertad. Sólo puede decirse que somos libres cuando verificamos nuestros actos con certidumbre de corazón. Sólo tenemos certidumbre de corazón cuando al mirar el mundo —esta eres tú, y esto es pan, esto es vino— sentimos recrearse completamente nuestra vida.

Veamos ahora un hecho que va a darnos la clave de este poder de plasmación de la personalidad que es inherente al sentimiento amoroso (12). Suele decirse que el amor es ciego. Sin embargo, la evidencia que produce en nosotros el amor es deslumbradora. Tal vez por esto se confunde con la ceguera. Tal vez el ojo del amante sólo puede percibir la luz y no la forma de las cosas, como sucede a los ciegos de nacimiento. Cuando amamos, nuestra mirada se convierte en un acto de fe. Por ello suele el amante confundirse, pero no puede equivocarse. Como decía Cervantes con profunda intuición, el amor es un ser

de aguda vista, aunque de ciegos ojos (13).

No ve detalles, matices, cualidades. No puede verlos. La amada, en cierto modo, no tiene cualidades mientras dura el milagro del amor: se encuentra siempre en estado naciente. En cada nueva

(11) Desde este punto de vista considero sumamente interesante y acertada la descripción de la actitud vital, denominada por LUIS FELIPE VIVANCO *configuración afectiva del mundo*. Véase *Introducción a la lírica contemporánea*. Editorial Guadarrama. Madrid (pág. 643).

(12) Sumamente distinta es la posición de SARTRE ante el amor, motivado, a nuestro modo de ver, por la necesidad de «redondear» a toda costa su sistema de la percepción del «otro». El sentido del amor para nosotros descansa sobre la plenificación de la personalidad del amante. Ante el amor la misma amada es algo secundario. Para SARTRE: «L'amour ne saurait donc naître chez l'aimé que de l'épreuve qu'il fait de son aliénation et de sa fuite vers l'autre. Mais, de nouveau, l'aimé s'il en est ainsi, ne se transformera en amant que s'il projette d'être aimé. C'est-à-dire si ce qu'il veut conquérir n'est point un corps mais la subjectivité de l'autre en tant que telle. Le seul moyen, en effet, qu'il puisse concevoir pour réaliser cette appropriation c'est de se faire aimer. Ainsi nous apparaît-il qu'aimer est, dans son essence, le projet de se faire aimer.» *L'être et le néant*, pág. 443.

(13) CERVANTES: *Pers.* (2-72).

mirada se recrea, en cada nuevo abrazo recobra su niñez (14), y su fondo personal y esperanzado se impone en ella a su carácter fijo y adquirido. Todo su ser se encuentra en suspensión y tiene la virtud de enriquecerse asimilando cuanto le rodea. El amor cambia nuestra frontera personal todos los días y a causa de ello sólo podemos equivocarnos en el conocimiento de la amada cuando el amor desaparece, pues entonces vuelve a imponerse en ella su fondo fijo y adquirido sobre su fondo esperanzado y personal. Mientras dura el milagro del amor siempre hay un mundo por descubrir en la persona amada, y en su revelación descubrimos las raíces mismas de nuestro ser. Mientras dura el milagro del amor vivimos situados como en el *centro mismo* de nuestra vida y percibimos «todo» su horizonte. De vez en cuando nos preguntamos, ¿será este amor el verdadero? Pregunta ingenua y siempre necesaria y siempre repetida. Al amor *hay que hacerle duradero*. Mientras dura es verdadero cualquier amor. Sólo podemos saber que el corazón no nos engaña, por la exigencia de unidad con que el amor va recreando y haciéndonos recuperar la integridad de nuestra vida en cada uno de sus instantes. El presente del amor no es el «ahora», sino el «siempre». *¿Esto es mirar o morir?*, escribió Calderón. El hecho de ver los ojos de nuestro hijo puede darnos tal impresión de plenitud que nos parezca que llegamos con la mirada, y desde la mirada, al fin de nuestra vida. En verdad, todo el que mira los ojos de su hijo cierra la vida sobre ellos.

(14) «Las excelencias que el amante encuentra en la persona amada no son pura creación de su fantasía amorosa, meras ilusiones, sino en realidad *hallazgos de una visión amorosa de creación*. Es decir, el trance amoroso vuelve al hombre «creador», en la persona amada, de cualidades potenciales u ocultas que en realidad ya existían en ella. Mas al propio tiempo no sólo el amor vuelve al objeto amado mejor, más bello, más rico, más fuerte, sino que reflejado sobre el propio amante le hace elevarse a un nivel muy superior al de su vida cotidiana, transmutado en lo más, profundo en una vida más perfecta.» J. ROF CARBALLO: «El problema del seductor en Kierkegaard, Proust y Rilke.» Rev. *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 103, pág. 7.

AMAR EN CARIDAD

Ahora bien, somos de barro (15). La muerte, en cualquiera de sus formas, camina siempre a nuestro lado. El amor nos exige fidelidad, pero toda fidelidad sólo puede probarse en el martirio; es más toda fidelidad vive continuamente dentro del horizonte del martirio. El amor nos confiere eternidad y justamente a causa de ello es tan inadmisiblemente y doloroso dejar de amar. La eternidad que vivimos mientras somos amantes desaparece, y al perderla nos sentimos insuficientes y destruidos. Una vez olvidado el amor no se puede rehacer, íntegramente, la unidad de la vida (16). Nos sentimos «expropiados» de nuestro corazón. Y entonces somos crueles (y acaso no podemos dejar de serlo) con la persona amada porque ella nos recuerda el bien pasado, el paraíso que no supimos conservar (17) y la certeza de corazón que acompañaba todos nuestros actos. Y comprendemos la insuficiencia radical del ser humano, comprendemos que no podemos ser felices si la felicidad que nos ocupa el alma no ha de durarnos siempre. Al perder a la amada desaparece de repente la conexión del mundo y nos sentimos desterrados en él. Esta es la actitud expresada en la famosa frase de Novalis: —«Una inefable soledad me rodea desde la muerte de

(15) Somos de barro «porque no quiso Dios privarnos de su gracia, privar al hombre de que pudiera disponer libremente de sí. Pero el libre albedrío basta por sí mismo para obrar el mal, pero es flaco para obrar el bien si no le presta auxilio la bondad del Omnipotente». *Obras de San Agustín*. B. A. C. (pág. 175).

(16) GOETHE ha expresado este pensamiento en forma acertadísima y radical en *Poesía y verdad* (III-13): «El primer amor, se dice con razón, es el único, pues en el segundo, y por el hecho de ser éste el segundo, ya se pierde el más alto sentido del amor. Está destruido el concepto de lo eterno e infinito, que es lo que propiamente lo eleva, y el amor parece preceder como todo lo que retorna.» Cit. por HERMAN NOHL, ob. cit., pág. 102.

(17) «Jamás el amor ha encontrado interpretación más hermosa —como una fuerza hasta en el débil— que en *Los hermanos Karamazoff*, de DOSTOYEVSKI, donde se le revela su misterio al niño que está muriendo de tuberculosis. Como SAN FRANCISCO en su *Canto al Sol*, comprende que también los pajaritos son sus hermanos y les pide perdón por su indiferencia, y adivina que hemos estado siempre en el Paraíso, aunque no lo sabemos hasta que no se despierta en nosotros el estado del amor.» HERMAN NOHL: *Introducción a la Ética*, pág. 105.

Sophie. Con ella murió para mí el mundo entero. *Ya no soy de aquí.*»— Al perder a la amada sentimos que desaparece la conexión temporal de nuestra vida y nos sentimos desterrados en ella. Esta, también, es la actitud expresada en las palabras del Duque de Gandía al volver a contemplar, en Granada, el semblante de la Emperatriz, ya despojado por la muerte: «¡Nunca más, nunca más servir a señor que se me pueda morir!» (18). En un instante su vida había recorrido la distancia que va de *siempre a nunca más* y se le había quemado el tiempo.

En las palabras de San Francisco de Borja, Duque de Gandía, lo que juzgamos decisivo no es el dolor ocasionado por la muerte, sino el derrumbamiento de su vida. Su lección es bien clara. Lo que no dura siempre no es verdadero. Lo que no dura siempre no es amor. Con el vacío que deja en nuestro corazón el ser amado, perdemos nuestra identidad. A partir de este instante no vivimos desde nosotros mismos, y en el mundo que nos rodea las cosas más queridas y frecuentadas nos parecen ininteligibles. Ya no volvemos a asistir al milagro de nuestra propia revelación en ellas, porque se ha roto el vínculo que las ligaba con nosotros, se ha roto el vínculo de nuestra misma *consistencia real*. Cierto es que no vivimos siempre con igual plenitud; cierto es también que no perdemos todas las cosas de igual manera. «Hay éxito en los males para el hombre y hay hallazgo que trae pérdida», dice Jesús de Sirac (19). Hay cosas y personas que con su pérdida nos pierden; otras, en cambio, al perderlas nos salvan. La unidad de la vida psíquica es tan sensible que con la muerte del ser querido nos parece que perdemos más totalmente lo que la vida nos deja que lo que la muerte nos lleva. Con qué desoladora precisión ha expresado Quevedo esta idea:

*A quien Dios quita el amor
aunque en los demás sea rica,
mas le quitó lo que tiene
que lo mismo que le quita (20).*

(18) FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL: *Historia del Emperador Carlos V.*

(19) *Eclesiástico* (20-9).

(20) Quevedo. B. A. E. (3-70). El lector me perdonará que haya modificado levemente la cita para adaptarla al contexto. El verso de QUEVEDO dice así: «A quien Dios quita el ingenio.» El pensamiento encierra una

De este modo, a Francisco de Borja, con la pérdida del amor, el mundo se le hizo, de repente, misterioso, incomprensible e inarticulado. Vio su vida aventada como el tamo en la era, y todas las acciones realizadas por él se le vaciaron de contenido y de sentido. Se convirtió en un ser silábico y vacío ante el cadáver de la Emperatriz. Todo cuanto tenía le comenzó a parecer insuficiente, como es insuficiente la luz en el ojo del ciego. Y entonces comprendió que la esperanza no se basta a sí misma. Comprendió que todas las horas que había vivido no se podían «juntar» formando un día. Y abandonó su voluntad en Dios, diciendo: *siempre*, como nosotros, para poder ser fieles, abandonamos nuestra fidelidad en Dios; para poder ser libres, abandonamos nuestra libertad en Dios; para poder «amar en caridad», abandonamos nuestro amor en El. «Deja tu pan sobre las aguas y sigue tu camino» (21). Hay que vivir y amar en Dios. El es el cauce en donde nuestros actos se verifican desde siempre hasta siempre.

Recordemos también otros peligros. En el camino de nuestra vida conocemos personas ocasionales a las que amamos súbitamente. Nos deslumbran, o mejor dicho, nos iluminan con una nueva luz. Pero nos ponen en peligro, pues pensamos que no debemos realizar su amor, que no podemos entregarnos a ellas. Siempre que las volvemos a encontrar las despedimos con nuestra vida entera. Nos despedimos de manera total y necesaria, y necesariamente las volvemos a recordar.

Son indelebles. Diríase que nos sellan. Como dice el poeta Eduardo Caranza con afortunada y precisa expresión, son un *recuerdo presentido*. Desde el momento en que las conocemos nos damos cuenta de que son nuestras y de que hagamos lo que hagamos no las podremos olvidar. Hay paisajes, hay monumentos y hay personas signados por la fortuna o la gracia cuyo acontecimiento no ha nacido para morir. *Las vemos por vez primera recordándolas*. Decimos, por ejemplo, cuando nos la presentan: «esta mujer es mía». Y lo decimos comprendiendo que nadie puede valorarla con tan profunda valoración como nosotros, comprendiendo también que

reminiscencia, casi literal, de las palabras de Jesucristo: «Videte ergo quomodo audiat. Qui enim habet dabitur illi, quicumque non habet, etiam quod putat se habere, auferetur ab illo.» San Lucas (8-18).

(21) Se me ha traspapelado la referencia.

hay algo en nuestra vida que sólo puede adquirir plenitud con su conocimiento y posesión, que hay algo nuestro que depende de ellas. Pero también hay algo nuestro que pudiera romperse si realizamos este amor. Son dos modos de amar. Con el primero descubrimos en nosotros un nuevo mundo; con el segundo perseveramos en nuestra mismidad. Es preciso elegir entre uno y otro; es preciso atreverse a vivir. Al elegir por la fidelidad nos elegimos a nosotros mismos, y al elegirnos a nosotros mismos nos confirmamos en nuestra libertad (22).

En fin, lo verdadero es lo total. Es indudable que si el amor no puede dividirse entre varias personas, tampoco puede dividirse en el tiempo. Nadie se puede proponer amar a la ligera, semanalmente, como el que arrienda habitación: ama o no ama, y nada más. El presente del amor es el *siempre*. Todo amor dura —mientras dura— totalizando la existencia para siempre jamás. Así, pues, en ningún otro acto de nuestra vida es necesario poner tanto cuidado y advertencia, pues la elección amorosa es irreparable, o mejor dicho, *debe de hacerse irreparable*. Recordemos las palabras de Job: «Una vez habla Dios y no vuelve a decir lo ya dicho» (23). La elección, si ponemos en ella nuestra vida, no puede repetirse. Amar en caridad es amar buscando a Dios en nuestra terrenal y desvalida dicha para intentar salvarla de todos los peligros que la acechan: la infidelidad, la pérdida, la muerte y el desgaste del tiempo (24). Amar en caridad es la única manera de satisfacer la exigencia de totalidad que nos pide el amor, puesto que únicamente en Dios —o a través de El— puede totalizarse íntegramente nuestra vida. Cuando amamos estamos siempre cerca de Dios, en muchos casos sin

(22) Sobre la inagotabilidad de la experiencia del amor invito a los lectores a que lean el estudio dedicado a la poesía de LEOPOLDO PANERO en el libro de LUIS FELIPE VIVANCO: *Introducción a la lírica contemporánea* (pág. 641 y siguientes). Es un ejemplo de hondura humana, de análisis y espiritualidad.

(23) JOB (cap. XXXIII).

(24) La idea de amar en caridad ya estaba esbozada en mi primer libro:

*Y gracias por el castigo
de haber puesto mi ventura
sobre cosa no segura
que he de defender contigo.*

saberlo (25). Así, pues, cuanto más totalmente vivamos nuestra vida, más radical será nuestro encuentro con Dios; cuanto más totalmente vivamos nuestro amor, tanto más cierta será Su compañía (26). En resumen, es el amor quien hace trascender todas nuestras acciones en la unidad de nuestra vida. Quien carece de amor, quien no ama al prójimo, no reduce a unidad su existencia, no vive propiamente desde sí mismo, no tiene certidumbre de corazón, no sabe en qué consiste su libertad (27).

Hemos visto que el amor establece la conexión del universo, bien a través del amado, bien a través del prójimo, con nosotros. Hemos visto que el amor establece la conexión de nuestros actos, totalizando nuestra vida. Hemos visto que el presente del amor no es el «ahora», sino el «siempre»; esto es, no es el «ahora» que corresponde a la actualización de nuestros actos, sino el «siempre» que corresponde a la actualización de nuestra vida. Hemos visto que la exigencia de totalidad que el amor nos impone se rompe continuamente por el cansancio, por la muerte, por la pérdida del amor. Hemos visto que lo más irreductiblemente humano de nues-

(25) «Que no está lejos Dios de nosotros, mas que en él vivimos y nos movemos y tenemos ser.» (San Pablo. Act. XVII.) O bien:

*El obra cosas grandes e incomprensibles
y maravillas sin cuento,
pasa ante mí y yo no le veo,
se aleja de mí y no le advierto.*

JOB. : 9, vers. 10-11.

(26) El sentimiento de la separación de Dios ha sido expresado con acierto por FRAY LUIS DE GRANADA: «no sé, no puedo explicar con palabras hasta dónde puede llegar este dolor... Para entender algo de esto párate a mirar aquel tan horrible género de muerte con, que algunos tiranos atormentaban algunos mártires, los cuales hacían bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y a las puntas de ellos mandábanlas atar los pies del santo mártir que querían justiciar; y esto hecho mandaban soltar de presto, para que resurtiendo ellas a sus lugares naturales, volase el cuerpo en lo alto y lo despedacen en el aire, llevándose cada una de las ramas un pedazo colgado. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan gran tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios que no es la parte, sino el todo de nuestro amor?» B. A. E. (42-516).

(27) *Obedecer a Dios es libertad.* SÉNECA: *Ob. comp.*, pág. 227. Nos referimos, naturalmente, al amor entendido en su sentido más amplio: amor hacia las cosas, hacia los seres, hacia los valores. Véase la página 99.

tro corazón estriba en considerar insuficiente toda felicidad que no se viva como eterna; esto es, que no se viva —en cada uno de los instantes en que la vivimos— como durando siempre. Hemos visto que para sostener y renovar durante toda nuestra vida esta tensión tirante, ávida y absoluta del amor, es necesario «amar en caridad». Hemos visto que sin amar en caridad es imposible trascender nuestras acciones en la unidad de nuestra vida. Y esto es todo. A los seres que nos rodean, tanto los allegados por afecto como los allegados por humildes, hay que amarles en Dios para darles su medida absoluta, pues la medida del amor es la exigencia de realizarse desde siempre hasta siempre.

LA UNIDAD DE LA VIDA

Ahora debemos contestar a la segunda de las cuestiones planteadas. En realidad en ella se resumen las restantes (28). Como recordará el lector, responde a esta pregunta: ¿en qué consiste la unidad de la vida del hombre?

Somos de barro. Somos carnales. Somos libres. Esta es nuestra ventura. Esta es, también, nuestra dramática contradicción. Vivimos en pecado y dentro del pecado. Durante toda nuestra vida, el corazón nos acompaña, nos contempla, está sentado a nuestro lado, nos deja hacer lo que queremos y lo que no queremos. Naufragamos en él sin que nos ilumine o nos ayude, sin conocer sus sombras ni sus olas. La oscuridad surge de adentro (29). Apenas si allá arriba, junto a la superficie, hay un temblor de claridad donde los sentimientos y los seres se hacen precisos y distintos. Su transparencia se va borrando y oscureciendo en las zonas profundas, hasta hacerse mortal, impenetrable. Su movimiento, su oleaje, nos empuja hacia una playa solitaria y desconocida donde el pie, al caminar, no deja huellas tras de sí. Le sentimos marchar a nuestro

(28) La anterior, ¿en qué consiste la acción de trascender nuestras acciones en la unidad de nuestra vida? La posterior, ¿en qué consiste la elección absoluta?

(29) «Entre luz y tinieblas vamos viviendo y marchando a un término que no es ni tinieblas ni luz, sino algo en que ambas se aúnan y confunden, algo en que se funden corazón y cabeza y en que se hacen uno Don Quijote y Sancho.» M. DE UNAMUNO: *Vida de Don Quijote y Sancho*, pág. 90.

lado. No es nuestro corazón: es nuestro compañero. Lleva una vida distinta de la nuestra, una vida enterrada, súbita y concluyente que, a veces, nos arrastra, nos «sustituye», con una cox de mula ciega y, a veces, nos aniña, como viviendo en sueños, cambiando las raíces de nuestros ojos para que no podamos dormir, ni despertar.

No es nuestro corazón, es nuestro compañero. Con él andamos en el viaje de la vida, Tal vez ya hemos llegado. Pero el bien anda y el mal vuela. La vida humana (30) no es una línea recta. Hemos sido distintos. Yo he sido niño, he sido adolescente, he sido hombre, y tal vez pueda volverlo a ser. Hemos cambiado de corazón y de creencias. Fuimos frívolos, tenaces, militares, coléricos, espirituales y disolutos. Fundamos nuestra vida sobre arena. No era terreno donde pudiera consolidarse. La hemos vuelto a fundar sobre una ciénaga, y tras de desecarla volvemos a encontrarnos en el desierto. A veces, a lo lejos, brilla una luz. Tal vez no llegaremos nunca a ella. Tal vez erramos el camino y hay que emprender camino nuevo. Tal vez nos hemos equivocado de ser hombres y es necesario recién nacer. No lo sabemos. Entre tanta y tan sorprendente contradicción, ¿cuál puede ser la unidad de la vida?

La idea de la unidad de la vida, igual que tantas otras utilizadas por nosotros, está tomada del lenguaje diario. Es un canto rodado. Tal vez precisa aclaración. Con un acercamiento, casi furtivo, vamos a confrontarla con algunos de los conceptos más usuales en la literatura de nuestro tiempo (31). ¿Cuál es la relación existente entre el proyecto vital y la unidad de nuestra vida? Veamos, ante todo cómo define Ortega el proyecto vital. «Cuando dentro de unos minutos dejéis de escucharme, tendréis que decidir en qué nueva cosa vais a ocuparos; y para decidirlo veréis surgir ante vosotros la imagen de lo que tenéis que hacer esta tarde, que, a su vez, depende de lo que tenéis que hacer mañana, y todo ello, en definitiva, de la figura general de vida que os parece que es la más vuestra, la que tenéis que vivir para ser lo que más auténtica-

(30) Naturalmente, no me refiero a ninguna abstracción. La vida humana quiere decir, en cualquier caso, una vida personal (la tuya, la suya, la mía).

(31) Esto es, de la literatura existencial. Y pues de existencialismo hablamos, no dejaremos de indicar que el *cristianismo es la filosofía existencial perenne*.

mente sois, de suerte que cada acción nuestra nos exige que la hagamos brotar de la anticipación total de nuestro destino y derivarla de un programa general trazado en nuestras existencias, como el matemático deriva sus teoremas del cuerpo de sus axiomas. Y esto vale lo mismo para el hombre honrado y heroico que para el perverso y el ruin. También el perverso se ve obligado a justificar ante sí mismo sus actos, buscándoles el sentido dentro de su programa de vida. De otro modo quedaría inmóvil, paralítico, como el asno de Buridán.»

«Según esto, el factor más importante de la condición humana es el proyecto de vida que inspira y dirige todos nuestros actos. Cuando las circunstancias nos estorban o impiden ser el *personaje anticipado* (32) que constituye nuestra más auténtica realidad, nos sentimos profundamente inhibidos. Esto mismo manifiesta que no cabe hablar de dificultades y facilidades, de cosas más o menos graves. Una circunstancia determinada sólo es difícil o grave en realidad, frente a un programa vital determinado, como, por ejemplo, para el corredor de los juegos olímpicos una cojera es una cosa extraordinaria; en cambio para un poeta romántico, como Byron u otros contemporáneos no puede resultar agobiante el que sus gallardas figuras se menoscaben porque al tropezar con una piedra se ha quebrado el tobillo. Es, sin duda, doloroso el caso de un hombre que por circunstancias del destino no pueda hacer lo que tiene que hacer, lo que tiene que ser» (33).

Perdonará el lector la extensión de la cita. Nosotros no hubiéramos descrito el proyecto vital con tanta precisión. Partiendo de ella, intentaremos dar una primera respuesta a la pregunta anteriormente planteada: la «unidad de la vida» sería la resultante o

(32) El subrayado es nuestro.

(33) *Obras completas*, tomo V, págs. 234-235. Es idea que ha repetido ORTEGA en muchas ocasiones: «El yo del lector es, por lo pronto, un proyecto de vida... Pronto se advierte que una misma aventura puede acontecer a dos hombres y, sin embargo, tener en la vida de uno y otro valores distintos y hasta opuestos, ser para uno una delicia y para el otro un desastre. Lo que nos pasa, pues, depende, para efectos vitales, que es lo decisivo, de quien seamos cada uno. Nuestro ser radical, el proyecto de existencia en que consistimos, califica y da uno u otro valor a cuanto nos rodea.» (Artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 15 de mayo de 1930.) Añadiremos que ésta es la idea central de SARTRE en su interpretación de la libertad. Véase *L'être et le néant*, págs. 532-533.

la consecuencia del proyecto vital (34). Por ejemplo: yo soy poeta y soy católico. Me he trazado a mí mismo un camino; he elegido una cierta figura personal, y este proyecto da sentido a mis actos y sella mi conducta siempre que vivo con autenticidad (35). Según esto, la unidad de mi vida debería consistir en la continuidad de aquellos actos que me realizan como el poeta, el católico y el hombre que yo he querido ser y constituyen mi proyecto vital o mi «requerimiento incondicional» como con intención más honda prefiere decir Jasper. Esta es mi vida auténtica. No importan las caídas, ni las debilidades, ni las renunciaciones, pues tales actos no constituyen mi existencia, en lo que mi existencia tiene de más irrenunciable y personal. Según esto, la «unidad de la vida» estaría formada por la continuidad realizadora del proyecto vital.

Cuando el río suena, agua o piedras lleva. Sin embargo, en esta exposición del proyecto vital tal vez exista una limitación. Ortega afirma que el ser del hombre es una consecuencia de su conducta o actividad vital: «es, sin duda, doloroso —nos dice— que por circunstancias del destino no pueda hacer —el hombre— lo que tiene que hacer, lo que tiene que ser» (36). Resumir es, desde luego, traicionar y nosotros no quisiéramos traicionar su pensamiento. Sin embargo, es necesario resumirlo. En distintos lugares de su obra puede encontrarse igual afirmación (37). Por ejemplo: «repase en un minuto el lector todas las cosas que el hombre ha sido, es decir, qué ha hecho de sí» (38). No digo yo que sea inexacta esta afirmación, pero la juzgo insuficiente. Conviene completarla porque, en primer lugar, el ser del hombre es algo dado (39) y, en cierto modo, es algo que hay que hacer. En segundo lugar, porque una vez he-

(34) Tal vez conviene indicar que aquellos pensadores cuya actitud es preferentemente ética (KIERKEGAARD, JASPER) no hacen tanto hincapié en el proyecto vital como ORTEGA y SARTRE.

(35) Advertiremos de pasada, pues volveremos inmediatamente sobre el tema, que esta actitud no es propiamente la de ORTEGA; más bien es la de SARTRE.

(36) ORTEGA Y GASSET: *Ob. comp.* (V-235).

(37) Por ejemplo: «Sin embargo, es nuestro auténtico ser, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para realizar o no este proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse (IV-400).

(38) (VI-34).

(39) La disposición innata de cada hombre.

cha nuestra elección absoluta y habiendo realizado nuestra vida con arreglo a ella, el ser del hombre, en cierto modo, es algo fijo y adquirido que ha sido realizado por nuestra libertad y, en cierto modo, es algo que aún sigue dependiendo de nuestro hacer. La suma de ambos modos de ser nos constituye en lo que somos. Pero dejemos esta cuestión a un lado. Ortega afirma la identidad entre el ser del hombre y el proyecto vital: «según esto, el factor más importante de la condición humana es el proyecto de vida que inspira y dirige todos nuestros actos. Cuando las circunstancias nos estorban o impiden ser el personaje anticipado que constituye nuestra más auténtica realidad, nos sentimos profundamente inhibidos» (40). Por consiguiente, es de suma importancia, para nosotros, saber en qué consiste el proyecto vital (41). En las palabras anteriormente mencionadas deja entrever Ortega que el proyecto vital y el personaje en que nos proyectamos a nosotros mismos —el personaje anticipado— son realidades análogas o equivalentes. No creo que puedan analogarse y me parece conveniente establecer su distinción. El personaje anticipado constituye el modelo vital elegido por mí. Yo quiero ser jefe de gobierno, maquinista o explorador; quiero ser rico o quiero ser ermitaño, quiero ser malo o quiero ser bueno (42), y el proyecto vital, en cambio, se refiere, simplemente a los hechos con los cuales pretendo realizarme como tal personaje. No es igual una cosa que otra, aunque entre ambas exista una estrechísima vinculación. Del proyecto vital dependen mis acciones; del personaje anticipado depende, entre otras cosas, la manera de realizarlas, y ya hemos visto que para el cumplimiento de la libertad tienen la misma importancia el «que» y el «cómo» de la elección; esto es, la decisión elegida y la actitud vital con que la realizamos (43). Este segundo aspecto de la cuestión creo que no lo he encontrado tocado por Ortega, al menos de una manera explícita y temática. En rigor, *el conjunto de las acciones efec-*

(40) *Ob. comp.* (V-235).

(41) Véase la segunda de nuestras Fundamentaciones, titulada «La libertad y el proyecto vital en Ortega y Gasset».

(42) Ser bueno o malo, poeta o ingeniero, requiere una cierta predisposición natural: no es algo que elegimos simplemente, sino algo intrínseco a nuestro ser. Hay que contar con ello; pero dejemos la cuestión a un lado. No es éste nuestro tema.

(43) O, dicho de otro modo, el «grado» de nuestra determinación realizadora.

tuadas con arreglo al proyecto vital, no constituye sino la línea de la continuidad de nuestra vida, y se refiere, más bien, al tipo genérico de hombre que proyectamos ser, que a nuestra verdadera personalidad.

Insistiremos sobre este punto. Sería un absurdo suponer que hace diez, veinte o treinta años, yo haya podido proyectar todos los actos de mi vida, ni siquiera en sus líneas generales. Lo que hice entonces fue elegir un módulo personal y una actitud vital (44) a los cuales he referido mi conducta. El proyecto vital (45), por muy vital que sea, es tan solo un proyecto; la personalidad, en cambio, aunque haya sido proyectada, es una resultante. Lo que ocurre es que al hablar del proyecto de vida suelen fundirse varios conceptos que sería conveniente deslindar. No es este nuestro tema por lo cual sólo añadiremos que al hacer cada hombre su *elección absoluta*, lo que elegimos propiamente no es el proyecto de vida, ni mucho menos la personalidad, sino el módulo personal. De ningún modo puede admitirse que la personalidad sea simplemente una consecuencia del proyecto vital. Esto sería admitir que estamos asistidos de don de profecía (46), anticipar la historia, y suprimir la acción del tiempo en nuestra vida. Ahora bien, no vivimos tan solo en el tiempo: somos de tiempo. La temporalidad es un elemento constitutivo de nuestro ser. Su acción no puede suprimirse, ni anticiparse. Las diferentes situaciones vitales que he vivido, fueron haciendo mi vida como es, y a mí me hicieron lo que soy. Es evidente que la mayor parte de estas situaciones fueron imprevisibles, y aún más difícil de prever era la impronta que dejarían en mí. Así, pues, el argumento de mi vida (47) ha ido continua-

(44) El modelo genérico: ser periodista, médico o profesor; la actitud vital coincidiría con el requerimiento incondicional: decisión de vivir vitalmente, éticamente, estéticamente, religiosamente.

(45) En toda esta exposición me refiero al proyecto vital en su sentido más generalizado. Ya hemos visto que ORTEGA le da un valor distinto.

(46) Las consecuencias del proyecto vital en mi vida, consideradas de manera sumamente esquemática, son las siguientes. El proyecto vital me ha servido para orientar mi vida en una dirección determinada. Al través de los años esta orientación se ha traducido en una cierta línea de consecuencia o de continuidad vital. Esta continuidad vital es como el andamiaje sobre el cual se ha edificado, con muy distintos materiales, el ser que soy ahora.

(47) Para ORTEGA la vocación es el argumento de nuestra vida. «El aventurero viene al mundo con una fantasía anómalamente atrofiada, y en

mente rectificándose. Téngase en cuenta, finalmente, que el azar, en cierto modo, puede limitarse, pero no puede suprimirse (48). *Por consiguiente, nadie proyecta el argumento de su vida, ni siquiera en sus líneas generales.* Si en España no hubiera habido una guerra civil, todo sería en España diferente. Si tal día, de tal año, no hubiera conocido a la que hoy es mi mujer, tal vez sería soltero. Si no me hubiera empobrecido, dispondría de mi vida con un margen mayor de libertad. Y, finalmente, si mis padres no hubieran muerto como murieron, no sería como soy.

Y ahora conviene hacer una aclaración que el lector ya se habrá formulado por cuenta propia. No se puede entender el proyecto vital (49) como un sistema de vida anticipado, rígido y único. Naturalmente, nadie lo entiende así. El proyecto vital debe adaptarse a cada una de las distintas situaciones vitales con que nos enfrentamos. Debe plegarse a ellas; esto es, debe modificarse, sin cambiar, al menos sin cambiar esencialmente. Sin embargo, en relación con nuestro tema —tratar de esclarecer en qué consiste la unidad de la vida— sería preciso dejar bien claro —no suele hacerse— en qué medida es susceptible de unidad el proyecto vital.

No vamos a intentarlo. El tema es sugestivo. Nos llevaría muy lejos y creo yo que al fin nos dejaría en el lugar donde nos encontramos. Lo que llamamos nuestro módulo personal, o si se quiere nuestro proyecto de personalidad (50), puede ser unitario. No puede serlo, en cambio, el proyecto vital, que además es uno de los elementos que contribuyen a la realización de la existencia auténtica, pero uno de sus componentes esenciales y nada más (51). Así, pues, emprenderemos nuevo rumbo. Ante todo, cortaremos el

esto consiste su sino. Es incapaz de representarse su propio futuro. Mira al porvenir, aun al más inmediato, y no ve nada. Por eso carece de vocación. La vocación, repetimos, el argumento de nuestra existencia, es una urdimbre tejida por la imaginación.» Prólogo a las *Aventuras del Capitán Alonso de Contreras*, pág. 37. Aquí parece que ORTEGA identifica o asemeja el proyecto vital y la vocación.

(48) Esta limitación en modo alguno supone que el azar pueda atenuarse o contrarrestarse. No podemos creer, como NOVALIS, «que todos los azares de nuestra vida son materiales con que podemos hacer lo que queremos».

(49) Encuentro demasiado «intelectualista» la doctrina del proyecto vital.

(50) Lo que ORTEGA llamaba «el personaje anticipado».

(51) El proyecto vital cambia necesariamente cada vez que se modifica de manera profunda e imprevista la situación en que vivimos.

nudo que tratábamos de desatar. La unidad de la vida es una resultante del acuerdo, más o menos armónico, entre el proyecto vital, la personalidad y la vocación. La unidad de la vida es una resultante, o si se quiere, una vivencia, sobre la cual resbalamos inadvertidamente todos los días. Su misma sencillez la hace pasar inadvertida. Así sucede siempre. Lo importante es sencillo; la sencillez nos suele confundir; la interpretamos, no sabemos vivirla.

*El alma tenías
tan clara y abierta
que yo nunca pude
entrarme en tu alma.*

dice Pedro Salinas, señalando con agudeza esta actitud vital. Pero a continuación él mismo nos enseña el camino a seguir:

*Busqué los atajos
angostos, los pasos
altos y difíciles...
a tu alma se iba
por caminos anchos*

Siguiendo su advertencia dejemos los atajos. ¿Cómo experimentamos y conocemos, de manera real, la unidad de la vida?

VIDAS ACUMULATIVAS Y VIDAS DISPERSIVAS

Hay vidas dispersivas que se *deshacen* en sus actos como la nube se deshace en lluvia, y vidas rectilíneas, acumulativas, cuyas acciones nos parece que se realizan en una misma dirección. Según esto, cuando observamos la conducta ajena, advertimos que la mayor parte de la gente actúa de modo provisorio, frívolo y casual. Este señor es cirujano y sigue siendo cargador de muelle. Este otro es gobernador civil igual que hubiera podido ser veterinario. En el piso de arriba de mi casa —y de todas las casas— discuten y discuten todo el año la señora y la criada —las palabras pueden ser como avispas— y yo no he conseguido saber todavía cuál de las voces corresponde a la señora y cuál de las voces corresponde a la criada. Su papel es efímero e intercambiable; no se

comportan personalmente (52). La mayoría de las gentes que conocemos son seres gratuitos, improvisados y casuales. Esta actitud vital, allegadiza e inestable, se encuentra generalmente ocasionada por la falta de consecuencia de su conducta, y, en efecto, cuando llegamos a tener trato con ellos, observamos que son distintos cada día. Recordaremos, como ejemplo, que Israel enjuicia tajantemente esta actitud vital cuando dice a Rubén, el mayor de sus hijos: «Eres como agua derramada, no crecerás» (53).

Otras personas nos producen —en ocasiones con su sola presencia— una impresión periódica, burocrática y como *repetida*. Nos parece que llevan sobre los hombros, junto a la oreja derecha, un pequeño despertador. Por ejemplo, este señor, a quien no he visto nunca, que ahora se baja del autobús. Si le miramos a los ojos podemos leer en ellos los titulares del periódico del día —probablemente el A B C—, y si la letra no fuera tan chica, podría leerse el editorial. Viéndole andar, puede saberse a qué hora se ha bañado exactamente. Viéndole sentarse a la mesa del café para tomar el aperitivo, puede saberse la hora exacta a que ha llegado a la oficina. Y viéndole llamar al camarero, puede saberse a qué hora justa se ha despedido de su mujer, besándola de manera usuaria y como el que se limpia la boca con la servilleta al levantarse de comer (54). Esta actitud automática y —si se me permite la expresión— prenatal se encuentra originada por el vacío de la costumbre. Es un hombre anulado por la repetición que morirá sin enterarse de qué ha vivido. Tendrá una muerte extraña, semanal y uniformada, cuya noticia darán en la primera plana todos los periódicos: «Don Fulano de Tal y Tal ha muerto ayer, a las seis de la tarde. No murió para siempre. En agradecimiento a sus servicios ha muerto para nunca.»

Conviene que abreviemos y no nos divirtamos al escribir. Cada día tiene su afán. Queríamos dar a entender únicamente que en el

(52) No me refiero a que la señora deba representar su papel de señora y la criada su papel de criada. No creo en la jerarquización, sino en la diferenciación de estos papeles. Lo que pretendo subrayar es que ninguna de ellas da a su papel un valor personal.

(53) «Efusus es sicut aqua, non creseas.» *Génesis*, XLIX, vers. 4. Debo esta cita a la atención de mi buen amigo el P. Alfonso Querejazu.

(54) Si la memoria no me es infiel, recuerdo haber leído esta metáfora —un tanto desmedida— en *El diario de un seductor*, de S. KIERKEGAARD.

primer ejemplo nos encontrábamos ante unas vidas sin unidad y en el segundo nos enfrentábamos con una unidad sin vida. En fin de cuentas, es igual una actitud que otra. La resultante personal no es muy lucida en ambos casos. Para llevar adelante nuestra investigación volveremos a echar una ojeada sobre el grupo de los hombres improvisados y casuales y el grupo de los hombres repetitivos. La intención que ahora guía nuestros pasos es distinta. No buscaremos en ellos lo genérico, sino lo personal. Para el descubrimiento de su intimidad no vamos a atender a sus acciones, sino al modo de realizarlas.

Y, sobre todo, al gesto, al aire, al ademán. En algunas sonrisas se percibe la unidad de la vida. Los representantes del primer grupo se caracterizan porque no saben sonreír; ríen con las manos. Son hombres con el alma alquilada, dispersa y principiante. Se encuentran embargados por lo que hacen y por lo que no hacen, y ejecutan sus acciones de una manera tan dejativa y nimia que tenemos que observarles con atención para saber si están haciendo algo. Miran de un modo cosquilleante que nos pone nerviosos y sus gestos desordenados e ininteligibles nos producen la impresión visual de una palabra escrita con las letras muy separadas. Tienen lágrima fácil y copiosa. Se ve que lloran diez muertos a la vez, y que no viven en su propio cuerpo, y tememos que invadan el nuestro creyendo que les hemos invitado a vivir con nosotros. Dejémosles estar. No insistiremos sobre ellos.

Afortunadamente no todo el mundo es de este jaez. No todo el mundo es frívolo. En el segundo grupo de hombres repetitivos encontramos algunas personas —son pocas— que nos dan la impresión de que ponen su vida entera en cada una de sus palabras y de sus actitudes. Viven su vida con desesperación hecha de muchas fidelidades; esto es, «con desesperación tranquila y confiada» (55). No se repiten. Son como «puertas abiertas» entre los muros grises, largos y alineados de la vida social. Realizan los mismos actos de una manera siempre inédita y resolutive. Nos miran convenciéndonos, ayudándonos y abriéndonos de par en par. Son enterizos, irrevocables y finales. No han sido jóvenes, ni viejos, y, por así decirlo, nos dan la sensación de que andan por el mundo llevando toda su vida a cuestras. No se repiten: se resumen en cada una de sus palabras; no se concentran: se renuevan. Su sonrisa es

(55) Véase LUIS ROSALES: *Abril*. Ed. Cruz y Raya (pág. 74).

un movimiento interior y total que toma altura y termina en los labios, igual que cuando crece la marea cubren las olas el cantil. Se ve que sueñan cuando duermen —para no perder el tiempo— y al saludarte «suman» tu mano con la suya. Les vemos siempre tan disponibles y hombreados que nos dan la impresión de que podrían estudiar varias veces una misma carrera, igual que deben repetirse los viajes de exploración al Amazonas. No prefieren, no eligen, no pueden elegir, no pueden distinguir entre lo grande y lo pequeño; todo tiene la misma importancia cuando ellos lo realizan.

Cierto es: no todo el mundo es igual, no todo el mundo vive del mismo modo. Al observarles comprendemos que viven plenamente el más sencillo de sus actos, y advertimos al mismo tiempo que no se encuentran distraídos y embargados por él. La observación es en principio desconcertante: nos parece que viven con tal intensidad que al mismo tiempo están *en* sus acciones y *sobre* ellas. Esto quiere decir que la experiencia de una situación vital —pongamos el ejemplo de la alegría, puesto que esta diversión no va a costarnos nada— si la vivimos con plenitud, si la llevamos hasta su fin, se nos transforma en despedida. Ahora bien, se nos transforma sin cambiar, es decir, que sigue siendo para nosotros, al mismo tiempo, una alegría germinal y agotada. Esto parece extraño y no es extraño. Apenas conocemos la infinita complejidad de la vida sentimental. A pesar de ello, la honda intuición poética de Bécquer parece adivinar en estos versos la experiencia descrita:

*¿Quién reunió la tarde a la mañana?
Lo ignoro; sólo sé
que en una breve noche de verano
se unieron los crepúsculos y ... «fué» (56).*

Como se unieron en la vida de Bécquer el crepúsculo matutino y el crepúsculo vespertino en una misma luz, así pueden unirse en un mismo dolor o una misma alegría el principio y el fin de de una sola experiencia. No lo dudemos. Este hecho es un milagro repetido en todo instante de plenitud vital, un milagro sencillo y a la medida del corazón humano. Lo que hay de «germinal» en toda alegría plena, nos «embarga», pero ilumina también nuestras

(56) G. A. BÉCQUER, *Rimas*. Ed. Guadarrama (Rima LXXIII).

raíces y, por tanto, nos hace descubrirnos y revelarnos, en estado naciente, ante nosotros mismos. Lo que hay de «terminal» en toda alegría plena nos deja en situación de «disponibilidad», nos hace que la *sobreseamos* en el momento mismo de vivirla. Esta debiera ser la ley del corazón si nuestra vida fuera auténtica: estar siempre en franquía para poder viajar o morir a cualquier hora. Llevar «al día» nuestro examen de conciencia de modo tan preciso y exigente que conozcamos nuestro saldo vital en toda situación. Vivir la vida terminándola y agotándola en cada uno de sus instantes. Nos esperan complacencias, intereses, responsabilidades, dolores y alegrías. Es igual una cosa que otra. Pero nosotros, aquí y ahora, seguiremos atendiendo a la alegría para salirnos, siquiera sea de modo literario y gratuito, del pozo negro de la angustia de nuestro tiempo. La alegría pura, o si se quiere la pura intensidad con que debe vivirse la alegría, debe hallar en sí misma su liberación para que podamos llegar de nuevo a ella descubriéndola y renovándola. Amar a Dios es libertad. Nunca debe olvidarse que la alegría que nos ata a sí misma, la alegría paralítica, tiene siempre un vislumbre de pecado, de repetición y de caída. (No se olvide tampoco que esta alegría paralítica puede ser de naturaleza mundana o de naturaleza espiritual.)

Y bien, ¿en qué descansa la actitud de los hombres que nos producen una impresión de vida auténtica y personal? Ya lo dijimos: nos parece que viven íntegramente todos sus actos; nos parece que viven llevando toda su vida a cuestras. «Por sus frutos les conocerás» —enseña el Evangelio (57)—. «Lleva quien deja y vive el que ha vivido» —dijo Antonio Machado (58)—. El avaro no es rico sino de su avaricia (59). Quien no da lo que tiene, no lo tiene; quien no actúa convocando en cada uno de sus actos su vida entera, no vive propiamente «desde» su vida, y, por tanto, no se puede decir que vive. En efecto, cuando tomamos una determinación verdadera, totalizamos nuestra vida, y siempre que totalizamos nuestra vida la reducimos a unidad.

Se dirá —y es bien cierto— que hay decisiones en las cuales no nos jugamos nada, no nos «jugamos la vida», como suele de-

(57) SAN MATEO (7-16) y (12-33).

(58) *Ob. comp.*, ed. cit. (pág. 227).

(59) «El rico no liberal será un avaro mendigo.» CERVANTES: *Quijote* (III-96).

cirse entre los españoles; se dirá —y es bien cierto— que la mayor parte de nuestras decisiones son de este tipo. Tanto peor para nosotros. Siempre que obramos de tal modo nos empobrecemos. Sólo puede alcanzarse plena conciencia de vivir si jugamos nuestra vida a una carta; sólo puede jugarse nuestra vida a una carta si disponemos de ella totalmente, y sólo disponemos de ella totalmente cuando la hemos vivido de manera acumulativa, y su sentido la reduce a unidad. Esta es la diferencia entre la vida auténtica y la banal, la vida responsable y la irresponsable (60), la vida acumulativa y la dispersiva, y dándole a estos términos el valor que nosotros le damos, entre la «vida» y el «vivir». Vivimos, generalmente, sin darnos cuenta de la distancia que media entre estas dos acciones: actuar y vivir. Nos quedamos aislados y estancados en nuestros actos y no sentimos la fluencia vital, el pulso de la vida, igual que no sentimos el movimiento de la sangre. Es muy difícil de percibir. Nuestro «vivir» sólo se siente como «vida» cuando en cada uno de sus instantes *actualizamos su unidad*. Una vez hechas estas aclaraciones, vamos a preguntarnos en qué consisten la totalización y la unidad de la vida, conceptos que han sido utilizados frecuentemente por nosotros y necesitan alguna aclaración.

No es tarea fácil, pero pongamos manos a la obra alegremente. Seremos breves, pues no intentamos demostrar nuestro pensamiento: sólo queremos enunciarlo. Todos y cada uno de nuestros actos, aun aquellos que nos parecen más alejados y contradictorios, se relacionan entre sí. Todos y cada uno de nuestros actos encuentran sus posibilidades de realización en el pasado, y encuentran en el futuro su sentido. Todos y cada uno de nuestros actos tienen una fundamentación mucho más amplia y compleja de lo que suele suponerse por pereza mental. Podemos afirmar, con certidumbre, que en la realización de cualquier acto, por muy sencillo y elemental que nos parezca, se actualizan, de manera consciente o inconsciente, todos los actos de nuestra vida (61).

(60) La responsabilidad es inherente a la libertad. «Y bien sabemos que la dignidad de cada ser en el mundo es proporcional a la libertad que se atreve a reivindicar para sí y, por consiguiente, al grado de responsabilidad que consiente en asumir.» LOUIS LAVELLE: *Las potencias del yo*. Ed. Suramericana, Buenos Aires (pág. 135).

(61) «Tal vez quiso decir que no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia universal y su infinita concatenación de efectos y causas... Por eso el emperador de la China que quemó los libros quiso

Volvamos, una vez más, a nuestro ejemplo. El día catorce de agosto de 1956 me encuentro en El Viso —Cinca, 4— escribiendo esto. Ante todo, debo aclarar que no estoy en mi casa. Disfruto de la hospitalidad de un buen amigo. Comprendo, desde luego, que este lugar es conveniente y adecuado para escribir. La escasa compañía también me favorece: da calor a esta obra. La amistad que me otorgan es una amistad estimulante, inalterable y asistente; una amistad con raíces viejas. Una gran parte de mi vida se ha ido haciendo y rehaciendo con ella, una gran parte de mi vida es consecuencia de esta amistad, una gran parte de mi vida se *actualiza* por el hecho de escribir donde escribo, y mirar este cielo, este paisaje urbano tan distinto del mío, esta línea de cho-
pos, este asilo, esta antena de radio, que estoy mirando ahora.

Mi mujer y mi hijo están veraneando en Navacerrada. Mi hijo tiene los ojos azules y mi mujer los tiene garzos. A mí me gusta mirar sus ojos. Ahora no puedo verlos: tengo que recordarlos. La mayor parte de mi vida —mi fundamento vital mismo— se encuentra actualizada en esta ausencia o mejor dicho en esta privación. La causa decisiva de que se encuentren alejados de mí es de carácter económico.

*Poderoso caballero
es Don Dinero (62).*

La economía tiene alguna importancia en la vida moderna y mi aptitud económica es un desastre. No sé ganar dinero. A veces pienso que tengo vocación de pobre, a veces creo que me quiero engañar a mí mismo con este pensamiento para justificarme de lo que tiene de humillación la pobreza involuntaria y desagradecida. En esta radical insuficiencia influyen muchas cosas: influye lo mejor y lo peor que hay en mi vida; la alegría de vivir, que siempre es un peligro para nosotros y para el prójimo; la caridad que nos derrama, la vocación que exige tiempo, el amor y la tendencia idealista tal vez un poco deshumanizada de mi carácter, la frecuente inadecuación entre mis actos y mi proyecto de vida personal, la fuerza ciega y vana que me lleva a convertir cualquier fra-

abolir todo el pasado para abolir un solo recuerdo: la infamia de su madre.» ANA MARÍA BARRENECHEA: *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, pág. 90.

(62) Véase QUEVEDO: *Ob. comp.* Ed. Aguilar (pág. 73).

caso mío en ejemplaridad —al fin y al cabo cada cual hace su vida con lo que tiene a mano—, y en última instancia, la desvaloración que hay en España de toda actividad intelectual. No querría ser injusto, pero la llaga duele. He trabajado durante muchos años en el Instituto de Cultura Hispánica, teniendo que justificarme de ser poeta todos los días ante mi director. Las causas, pues, son muchas; la resultante es una. Mi situación económica no es arbitraria; ella es la consecuencia ineludible de mi conducta, de mi vocación, de mi modo de ser, de la cotización de mi trabajo y, finalmente, de la pobreza del ambiente que me rodea. España es un país pobre. Hay que hacerla más rica y más justa para hacer tolerable la pobreza y devolverle su sentido espiritual.

De otra parte también debo añadir que la actitud con que escribo no es simplemente estética, sino moral (63). Quiero que sirva para algo: al menos para hacerme mejor de lo que soy, o si se quiere, mejor de lo que era cuando empecé a escribirlo. No querría hacer literatura, ni esteticismo; quiero hacer bien, si puedo. Y, además, aunque quisiera hacer cosa distinta sería igual: hoy por hoy esto que escribo ya no depende de mi voluntad. No puedo hacerlo como quisiera. En realidad hay libros que nosotros hacemos y hay libros que nos hacen; hay libros que concebimos enteros y de una sola vez y libros que nos conciben a nosotros de manera distinta en cada una de sus páginas, y, finalmente, añadiremos que hay libros que escribimos para escribir y libros que escribimos para vivir (64). Toda mi vida, en lo que tiene de propiamente mía, se encuentra actualizada en esto que escribo. La despedida de mi padre cuando vine a Madrid. Las amistades que no puedo olvidar porque me constituyen. Los años de trabajo, alumbramiento o esterilidad. La llamada de Dios que nos deja en la cruz, pero que nos enseña nuestro nombre. Y el dolor de recién nacer en todas las palabras que escribimos. La niñez como un túnel que nos lleva, con los ojos cerrados, a la vida; *la juventud robusta y engañada*, como decía Quevedo; la madurez dolorosa, imprevista y diaria. Todo ha dejado aquí su consecuencia o, si se quiere, su

(63) Ya hemos dicho que no podíamos aceptar la distinción entre la vida estética y la vida ética propugnada por KIERKEGAARD.

(64) Había escrito: «Hay libros que nos sirven para vivir, y libros que nos sirven para intentar salvarnos.» Me ha parecido falso y grandilocuente.

quemadura. Todo me duele en este libro como llega a doler el espejo que nos muestra los ojos y en los ojos el descaecimiento progresivo de la mirada.

No insistiremos más. Sería sencillo y hacedero encontrar nuevas relaciones. No es necesario. Mi situación vital es encontrarme en casa ajena escribiendo esto, y en ella se actualiza, con una relación de causa a efecto, casi toda mi vida. Pero además debe tenerse en cuenta que cualquier otro ejemplo nos habría conducido al mismo resultado. Cuando tomamos una decisión la sentimos repercutir aún en aquellos actos que podemos considerar más extraños a ella. La significación, la ordenación y la valoración del pasado dependen, pues, de todas y cada una de nuestras decisiones. El casado mira como casado su vida de soltero y el viudo mira como viudo su vida de casado. El político tiene que ver en función de político sus amores con Dora La Cordobesita. En realidad todos los actos de nuestra vida nos modifican, nos «convierten» a algo. Pues bien, *la conversión* sensibiliza, afecta y da una nueva ordenación valorativa, tanto al pasado como al futuro. Esta es la ley. En cada nueva situación vital *actualizamos íntegramente* nuestra vida. Ahora bien, la integración entre el pasado, el presente y el futuro tiene dos modos esenciales. Por el primero, se integran unos hechos determinados de nuestra vida de modo necesario y en una relación de causa a efecto. Por el segundo, se ordenan los restantes con una nueva sensibilización valorativa que, por así decirlo, los «convierte» a nosotros. La unidad de la vida, por consiguiente, no es una idea —yo soy poeta y no tengo ideas—, sino una realidad o, si se quiere, una experiencia que actualizamos en nuestro corazón todos los días.

Este primer examen no agota las posibilidades del fenómeno que tratamos de conocer. La totalización de nuestra vida se realiza en el plano consciente y en el subconsciente. «La psicología muestra que existe no solamente una memoria consciente, sino también una memoria subconsciente, y que esta memoria parece no olvidar absolutamente nada de lo que yo he visto y hecho, de tal suerte que toda acción queda registrada en mi vida» (65). Ahora bien, del mismo modo que la vida consciente está regida por una cierta relación causal, las actividades y los hechos registrados por la memoria subconsciente están regidos por una cierta relación

(65) ROMANO GUARDINI: *Ob. cit.*, 152.

conformadora. «Subyacentes a la conciencia, otros actos actúan, inconscientes. Estos actos, que no pueden ser conocidos y sacados a la luz más que por análisis indirecto, influyen igualmente sobre los acontecimientos de la vida personal: tomas de posición que están endurecidas y determinan la simpatía o antipatía, tendencias fundamentales que dirigen la acción concreta, conflictos no resueltos que han penetrado en la estructura del ser y se manifiestan en las relaciones con el prójimo, esquemas de actitudes relacionadas con experiencias anteriores que nos conforman involuntariamente. Y aún llegamos a comprender que muchas cosas que nos parece que proceden del exterior son queridas por el subconsciente, que en realidad es quien las promueve y las dirige con una seguridad frecuentemente incomprensible. Todos estos modos de comportamiento y todas estas actividades están relacionadas entre sí. Se determinan y conforman con arreglo a una estructura interior, una entelequia, en parte disposición innata de la personalidad y en parte adquirida por la educación y las experiencias vitales decisivas» (66).

En cualquier situación en que nos encontremos, se entrecruzan de mil modos distintos todos los hilos de la existencia, actualizando nuestra vida igual que se actualizan las imágenes de una película al proyectarse en la pantalla. Esta proyección de nuestra vida en todas y cada una de las situaciones que la componen constituye el «presente vital» (67). No podemos entrar en este tema. Sólo añadiremos que el presente vital totaliza la vida actualizándola. Tal acción totalizadora es automática e ineludible. Queramos o no queramos, en cualquier situación vital se *suma*, por así decirlo, nuestra existencia. No lo olvidemos. En rigor, si al vivir no actualizó la unidad de mi vida, ni la puedo comprender como *vida*, ni la puedo realizar como *mía*. Es indudable que esta actualización no tiene siempre el mismo grado de plenitud y de evidencia. Las raíces de nuestra situación vital pueden ser próximas o lejanas, directas o indirectas, decisivas o accidentales. Pueden pesar en nuestra deliberación de manera consciente o inconsciente. No importa; en

(66) Idem *id.*: Ob. *cit.*, 161.

(67) Como habrá visto el lector, anteriormente distinguimos entre el presente actual, que corresponde a la actualización de nuestros actos, y el presente vital, que corresponde a la actualización de nuestra vida en cada uno de nuestros actos.

cualquier caso puede afirmarse con seguridad que todas nuestras experiencias están relacionadas entre sí y han influido de algún modo sobre nosotros. Yo soy mi propia historia; mi situación vital es el resumen de mi vida. Si no hubiese tenido las experiencias que tuve, no sería como soy, ni ella sería como es. Mi situación se encuadra dentro del marco de mis posibilidades. La cualidad que la hace mía, esto es, que la hace ser *mi situación*, es justamente el hecho de que ella y yo tengamos unas mismas raíces. Por consiguiente, en cualquier situación se entrecruzan todos los hilos de mi ser y en cualquier decisión se totaliza la existencia.

Hemos ganado altura. Desde ella vamos a comprender que existe un modo de «totalización» de nuestra vida que no es ineludible y general, sino electivo y personal. Para llegar a esta conclusión será preciso dar un rodeo. Pongamos un ejemplo conocido. Nadie ve un vaso entero. Nuestra visión del vaso, que es siempre fragmentaria, sólo nos hace ver el vaso enteramente cuando su percepción se convierte en representación. En realidad lo que vemos entonces es la historia del vaso, o si se quiere, la historia de nuestra contemplación del vaso (68).

*Para ver,
hay que mirar
y hay que saber.*

Si no supiéramos que el vaso es redondo no podría precisarse su forma. Por consiguiente, nuestra visión del vaso es una visión compuesta, «acumulativa», en la cual se totalizan todas nuestras

(68) Sobre el tema, he aquí una aguda opinión de ORTEGA comentada por JULIÁN MARIAS: «Sólo la visión mediante el concepto es una visión completa. Vuelve a insistir Ortega en el carácter instrumental del concepto, literalmente un órgano con que captamos las cosas. Lo decisivo, sin embargo, en la frase citada: no es que Ortega ponga junto a la visión el concepto, recuérdese la comparación kantiana entre Anschauung y Begriff, sino que la visión efectiva y completa, la verdadera visión, capaz de darnos las cosas y no su mera impresión, es la visión mediante el concepto, la que «ve» con el concepto; es decir, que la visión es, en rigor, a la vez sensación y concepto. En cierto sentido, podría decirse que se trata de lo contrario de la intuición intelectual de que tanto gustó el idealismo: aquí la visión —perceptiva, física, sensible— si lo es realmente, es conceptual.» JULIÁN MARIAS: *Comentario a las Meditaciones del Quijote*. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico. *Revista de Occidente*, Madrid (pág. 350).

experiencias referentes a él. Vemos el vaso «imaginándolo». No deja de ser curioso. Si la imaginación no transformara las imágenes sensoriales con su poder sintético y creador, tal vez veríamos el mundo como lo ven los insectos. Pero somos hombres y estamos presos en nuestra propia cárcel. La realidad que percibimos es una realidad simbólica. Tanto la maravilla de nuestros mundos interiores como el progreso de la técnica y la transformación del mundo que nos rodea, se fundan sobre la tendencia imaginante, sintetizadora y acumulativa que constituye, por así decirlo, la «forma estructural» del hombre.

No nos podemos demorar en la marcha aun cuando todos los caminos que van abriéndose ante nosotros sean sombreados y sugestivos. En cada situación vital actualizamos nuestra vida, y esta actualización —aun a pesar de ser siempre total— puede tener grados distintos: esto es, puede intensificarse por un proceso de aprendizaje. Si hago gimnasia durante un año, sentiré el cuerpo agilitado y suficiente. Si no disperso frívolamente mi conducta, tendré más pronta la imaginación y será más rápida y fértil la asociación de mis ideas al escribir. Si comulgo con frecuencia, me alegraré del embargo en que vivo y sentiré acrecentarse mi situación de disponibilidad. En todos estos casos, los hechos son distintos; la resultante idéntica. La repetición de un mismo acto se convierte en costumbre, modifica nuestra propia estructura vital y llega a constituir —como solía decirse en tiempo de Cervantes— nuestra segunda naturaleza. Este poder, utilizado como medio formativo, recibe el nombre de «educación». La educación nos modifica profundamente pues el hombre es el único ser que necesita *aprender a vivir*. Este es su privilegio. Técnicamente, el «aprendizaje» es el proceso mediante el cual se capacita el organismo para responder más adecuadamente ante determinada situación como consecuencia de la experiencia obtenida en sus respuestas anteriores (69). Y bien, hemos dicho que el presente vital donde se totaliza nuestra vida puede cambiar su carácter automático y necesario en electivo y personal. Veamos ahora en qué medida influye en este cambio el «aprendizaje».

(69) GARDNER MURPHY: *Personalidad*, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1957, pág. 963.

Creo que puede influir en dos sentidos diferentes. En primer término intensificando mi experiencia vital. En segundo término, haciendo mi existencia más esencial e integradora. Examinemos, de manera sucinta, uno y otro proceso. Supongamos que durante un mes está cayendo una gota de agua en nuestro cuarto. En principio reaccionamos frente a esta sensación de modo puramente receptivo. Pero a medida que se prolonga y concentramos nuestra atención en ella, puede llegar a convertirse en el centro de nuestra vida. Diríase que la gota *llena* la habitación. Nos taladra las sienas su martilleo. Ahora ya la esperamos que caiga, y la tensión que ponemos en la espera la va haciendo aumentar de volumen. Le prestamos una atención en cierto modo involuntaria. A causa de ello sigue aumentando, y crece y crece, de manera obsesiva, hasta llegar a convertirse en un alud. En principio, mi sensación dependía únicamente de un hecho físico. Ahora ya no. De ningún modo. Si la gota dejara de caer súbitamente, yo seguiría escuchando su sonido y no podría defenderme frente a la sensación inexistente e invasora. Ya estoy a merced de ella. El oído, alucinado y envolvente, está inventando su propio estímulo, sustituye a mi voluntad, se convierte en el «protagonista» de mi vida y rige mi organismo. Así, pues, la persistencia de la sensación la tiende a convertir en exclusiva y totalizadora; la persistencia de la sensación sensibiliza de tal manera mi organismo que le hace responder de igual modo frente a estímulos diferentes, y, en fin, la persistencia de la sensación puede inventar un mundo sustituyente, un mundo extraño dentro de mi mundo, dentro del cual termine por encontrarme deshauciado.

En efecto, la habituación intensifica el desagrado o el agrado que nos produce una experiencia. El hábito es una forma de vida, y la «forma de vida influye de manera muy profunda en todos los acontecimientos que nos conciernen. Ella nos hace que seamos más o menos sensibles a influencias exteriores determinadas y nos hace por completo insensibles a otras» (70). Técnicamente esta tendencia recibe el nombre de «familiarización» (71). Merced a ella, la fre-

(70) ROMANO GUARDINI: *Ob. cit.*, pág. 162.

(71) «Relacionados bastante íntimamente con este problema están las experiencias que indican la tendencia que hay a sentir cada vez más gusto por los objetos familiares. Bajo el término «familiarización», Maslow estudia la tendencia que hay a preferir los estímulos que ya han sido experimentados una vez.» GARDNER MURPHY: *Ob. cit.*, pág. 181.

cuencia se convierte en un rito que nos envuelve y nos atrae con su misterioso poder de formalización y recreación del alma.

En ella hay la sagrada frecuencia del altar

decía Rubén Darío en uno de sus aciertos expresivos más sencillos y humanamente reveladores. No es igual la ternura que he sentido al contemplar a Luis Cristóbal cuando nació que la que siento ahora. En ocasiones, el deseo de mirarle es igual que una sed. La frecuencia se me ha ido decantando y hoy encuentro reunidas en la mirada que le busca pero también *le lleva*, todas las alegrías que tuve en él. Del mismo modo, y en relación con el segundo sentido, si concentramos nuestra vida sobre sus direcciones esenciales, nuestro presente vital se hace unívoco, las esperanzas se no convierten en recuerdos, los recuerdos comienzan a encontrar sus raíces en el futuro, y en realidad puede decirse que llegamos a tocar en cada una de nuestras experiencias el principio y el fin de nuestra vida. He aquí la consecuencia de este «aprendizaje» espiritual en el que cada hombre no sólo debe apropiarse consigo mismo, sino también perfeccionarse y renovarse día tras día. Si la «familiarización» intensifica la experiencia vital, la «esencialización» nos ensimisma y al mismo tiempo nos apropia de manera cada vez más profunda con el mundo, haciendo nuestro presente vital más intenso, unívoco y disponible. En virtud de este doble proceso, la unidad de la vida se convierte de genérica en personal, de necesaria en electiva, y por así decirlo, se *capitaliza* haciéndose más pronta, agolpada y unánime. A este fin pretendíamos llegar. Como recordará el lector, habíamos dicho que hay vidas acumulativas y hay vidas dispersivas. Ya sabemos el mecanismo psicológico y aun el aprendizaje espiritual sobre el cual se establece la diferencia entre una y otra manera de vivir. Pero además, añadiremos que la vida sólo se siente como «vida», cuando al vivir actualizamos su unidad en cada uno de nuestros actos. La vida dispersiva no suma sus acciones y, por tanto, no es propiamente «vida», ni es propiamente personal. El hombre frívolo y caprichoso no ha aprendido a vivir, no tiene historia, no vive nunca una alegría o un dolor plenos y verdaderos, porque el dolor y la alegría plenos y verdaderos son el resumen de una vida y el resultado de una historia. Quien no ha sido aprendiz de hombre, quien no ha verificado su aprendizaje

personal, no se puede encontrar consigo mismo. Quien no unifica las direcciones dispares de su vida, no tiene una existencia personal. Y, finalmente, quien no sume sus horas, las perderá.

LA TOTALIZACIÓN DE LA VIDA

Así, pues, la vida frívola es dispersiva; la vida auténtica es acumulativa (72). En la primera, las acciones divergentes y casuales se restan, por así decirlo, de nosotros, oscureciendo nuestra propia revelación y empobreciendo nuestro fondo personal; en la segunda, las acciones convergentes y unánimes se suman con nosotros iluminando, recreando y enriqueciendo el fondo personal de nuestro ser. La vida auténtica es unitaria y su unidad se proyecta en las dos direcciones anteriormente mencionadas la esencializadora y la intensificadora, por lo cual se actualiza, con absoluta integridad, en cada uno de sus momentos. La vida auténtica es vigilante, unánime, espiritual: es una vida continuamente puesta al día. Siempre está pronta y disponible. Siempre se vive íntegramente. Ha conseguido el índice elegido, y al mismo tiempo el índice más alto de totalización y de unidad. Esto quiere decir que cada vez que actualizamos su *presente vital*, todas nuestras acciones deben estar vinculadas en él, con una relación de causa a efecto.

Vamos a verlo con cuidado: de ello depende la autenticidad de nuestra vida. Venimos repitiendo, como el lector recordará, que en cualquiera de nuestras decisiones totalizamos la existencia. Para aclarar en qué consiste esta totalización pondremos un ejemplo: la lectura de un libro. Cuando llegamos a sus capítulos finales, suele ocurrir que al doblar una hoja se actualice de súbito ante nosotros cuanto leímos en las páginas precedentes. Esta impresión —y únicamente ella— es la que totaliza la lectura. Nos hace descubrir relaciones apenas entrevistas, nos hace valorar hechos que nos revelan, por vez primera, su sentido. Recordamos el libro. Su lectura se ordena de nuevo y aun pudiera decirse que se recrea

(72) En las vidas que llamamos acumulativas el pasado no se dispersa, se concentra. «Le passé, lorsqu'il n'est connu qu'historiquement, s'accumule hors de la vie, dans on ne sait quelle consigne poudreuse, où il est voué à perdre ce qu'on serait tenté d'appeler ses vitamines.» GABRIEL MARCEL: *Les hommes contre l'humain*. Ed. cit. (pág. 34).

desde un orden que ya no es sucesivo, sino causal. Esta impresión totalizadora será distinta en cada uno de los lectores, con arreglo a diversas circunstancias, pero, en fin de cuentas, será más rica cuanto más concentrada haya sido la atención del lector, pues hay lecturas dispersivas como hay lecturas acumulativas. *El modo de leer influye en la totalización de nuestra lectura igual que el modo de vivir influye en la totalización de nuestra vida* (73).

Téngase en cuenta, sin embargo, que si vivimos dispersivamente, éste total será pequeño y, desde luego, superficial, *mas no por ello dejará de totalizarnos*. No hay más cera que la que arde y a este total insuficiente e inarticulado, del cual podría decirse propiamente que fue más ensayado que vivido, respondería, en tal caso, la unidad de la vida. En cambio, si vivimos con autenticidad, puede afirmarse que en cada uno de nuestros actos ponemos todo cuanto somos, actualizando íntegramente nuestra vida (74). ¿Cuál es la diferencia entre ambas actitudes?

En uno y otro caso, *el presente vital* se descompone de igual modo en tres partidas diferentes. La primera está formada por el conjunto de actitudes y actos sobre los cuales se funda nuestra decisión, con una verdadera ordenación causal, directa e inmediata. La segunda está formada por el conjunto de actitudes y actos relacionados causalmente con los primeros, y con los cuales, por tanto, establece el *presente vital*, un cierto tipo de relación necesaria, mediata e indirecta. La tercera está formada por los restantes actos de nuestra vida, que aun cuando insolidarios y extraños a nuestra decisión, aparecen influidos, en más o menos grado, por ella.

(73) A esta totalización de nuestra vida es a lo que nosotros venimos llamando el *presente vital*: es decir, el presente de toda nuestra vida.

(74) Es radicalmente distinta de la nuestra la actitud de A. CAMUS en *El extranjero*. Piensa Mersault que la vida no debe tener ninguna orientación determinada, y que cualquier orientación, cualquier sentido que le demos constituye una limitación de nuestra libertad. Para el Camús de las primeras obras el proyecto vital no valora los actos. Más bien los empuja. En definitiva, lo que hace Camus es oponer los actos a la vida, pero ni los actos constituyen la historia, ni los hechos constituyen la vida. Mersault no tiene vida personal. No se puede conocer a sí mismo. La evidencia interior de sí mismo que alcanza Mersault en la víspera de morir es un puro contrasentido psicológico. A Mersault podría decirse lo que hemos visto que Israel dijo a Rubén: —Eres como agua derramada: no crecerás.

Téngase en cuenta que éstos tres planos son los que totalizan íntegramente nuestra vida y constituyen *el presente vital*. La unidad de la vida no consiste, como es frecuente suponer, en una cierta «selección» que hacemos de ella teniendo en cuenta, en unos casos su importancia y, en otros casos, su sentido. La unidad de la vida no es una idea, sino una resultante, una experiencia que realiza a diario todo el que vive con más o menos autenticidad. (En última instancia, sólo puede vivir con autenticidad quien lleva tan al día su examen de conciencia que siempre está en franquía para recién nacer o para morir). A la luz de cualquier decisión se recrea totalmente la vida, y esta renovación es tan profunda que repercute sobre las actitudes más lejanas a ella, sensibilizándolas, unificándolas y *convirtiéndolas* en más o menos grado. En todo acto de decisión nos convertimos y renovamos.

Después de la riada, cambia el paisaje; después de haber verificado nuestra elección se renueva completamente nuestra historia. La decisión, aunque verse sobre aspectos circunstanciales del vivir, nos penetra en el alma, con una mansa y tenaz embestida, llenándola y cubriéndola sin perdonar recodo, cumbre o bajío. Se confirman en ella nuestras acciones y se recrea el pasado y se esperan los recuerdos, y el futuro se convierte en espectación. Cuando la decisión es importante, toda la vida se reorganiza como una selva donde se abre camino. El alma, entorpecida por la frivolidad y la dispersión, se torna más diligente y más vivaz; la voluntad, destruída por la falta de estímulos verdaderos y la diversidad de solicitudes que la embargaban, se hace más pronta, convertida y unánime. Nos sentimos aligeros, ciertos y disponibles porque al esperanzarse nuestro pasado, quedamos, en cierto modo, manumitidos de él, y sus limitaciones se nos convierten en posibilidades y, además, en posibilidades tan enraizadas que, por así decirlo, nos *adentran en el futuro*. Y como «toda suficiencia viene de Dios», según San Pablo, como toda renovación espiritual es purgativa y totalizadora, nos desnudamos del hombre viejo que hay en nosotros, para encontrarnos sanos y restaurados, y asentir a nuestra vida y a nuestra muerte con igual *certidumbre de corazón*. En fin de cuentas, al realizar una elección no es decisivo lo que se elige, no es decisivo tampoco la seriedad con que verifiquemos la elección; lo decisivo es que en toda elección verdadera renovamos nuestra elección ab-

soluta; esto es: volvemos a elegirnos a nosotros mismos (75). Una vez hecha, todo cambia: nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro. Pues bien, y este es el resultado al cual queñíamos llegar cuando la vida del hombre ha sido dispersiva, su *presente vital* está formado, principalmente, por los actos que anteriormente considerábamos allegadizos y *convertidos* a nuestra decisión; en cambio, cuando la vida ha sido auténtica, su *presente vital* está formado, principalmente, por la primera clase de actos, los actos *fundadores* que integran toda nuestra vida en una misma ordenación causal. Esta es la diferencia real entre la vida auténtica y la inauténtica. No existe otra. A ella responde, y únicamente a ella, la unidad de la vida.

LUIS ROSALES

RÉSUMÉ

L'auteur éssais de répondre à cette question: Quand pouvons-nous dire que nous vivons avec authenticité?

Généralement on affirme que l'authenticité de nos actions est due au projet vital qui donne un sens à notre vie. Cependant, le sens de notre vie, pense l'auteur, ne peut avoir un caractère intentionnel mais réel, et doit donc avoir un caractère de résultant historique, et non de projet. Sans aucun doute le projet vital ne peut être univoque; sans aucun doute le sens de notre vie doit l'être. Pour résoudre cette difficulté l'auteur nous propose de suivre un chemin différent. Il y a des vies qui accumulent et des vies qui dispersent; des hommes dont la vie est une abstraction et des hommes dont la vie est une dispersion. L'authenticité de la vie demande une unité de conduite. L'existence se réduit à unité quand elle se totalise, plus ou moins complètement, dans chacun de ses actes. L'existence de l'homme est d'autant plus authenti-

(75) Insistimos en el carácter real de esta experiencia. El amor totaliza nuestra vida descubriéndonos su sentido y aun dándole sentido. Recordemos el diálogo entre Alioscha e Ivan Karamazov: «—Yo creo que todos estamos obligados a amar ante todo en la vida. —¿Amar la vida más que su sentido? —Irremisiblemente sí; a amarla más que a la lógica, según tú has dicho: irremisiblemente más que a la lógica: sólo entonces comprenderé su sentido.» *Los Hermanos Karamazov*, V cap., 111.

que que lorsqu'elle se totalise avec une plus grande plénitude dans chacun de ses actes. Il ajoute finalement que ce ne sont pas les actes qui donnent un sens à notre vie, mais la vie qui donne un sens à nos actes. A cause de cela, il est nécessaire de distinguer entre le présent des faits, présent qui correspond à l'actualité de nos actes, et le présent vital, présent qui correspond à l'actualité que nous donnons toujours à notre vie dans chacune de nos actions.

SUMMARY

The author tries to reply to this question: When can we say that we live with authenticity?

It is usually affirmed that the authenticity of our actions is conferred by the vital project that gives a meaning to our life. However, the meaning of our life, thinks the author, cannot have an intentional character but a real one, and therefore should have a historical resultant character and not a projecting one. It is certain that the vital project cannot be univocal; it is also certain that the meaning of our life is univocal. In order to overcome this difficulty the author proposes following a different route. There are accumulative lives and dispersive lives; men who live absorbed in themselves and men who spread themselves out. Authenticity of life presupposes unity of conduct. Existence is reduced to unity when it is totalized, more or less integrally, in each one of its acts. The existence of man is even more authentic when totalized more fully in each one of its acts. He finally adds that they are not the acts which answer for the meaning of our life, but the life which answers for the meaning of our acts. Because of this it is necessary to distinguish amongst the factitious present (the present which corresponds to the bringing-up-to-date of our acts), and the vital present, the present which corresponds to the bringing-up-to-date that we always carry out in our life in each one of our actions.